

Lilibeth Vera Morales
3er. Premio cuento

El regalo de la Casia amarilla

¡Muchacha salte del medio! ¿Acaso no entiendes español?

Gloria no le perdía ni pie, ni pisada a don Carlos. Y don Carlos estaba ya cansado de decirle que ella era muy joven para aprender el oficio.

-¡Estas maquinas son peligrosas!

-Pero déjeme al menos ayudarlo lijando la madera, barriendo el taller.

Ande, don Carlos, déjeme ayudarlo. Yo puedo ir con usted a la finca. Puedo ayudarlo con la carretilla. ¡Déjeme!

Don Carlos se dejó convencer. Gloria empezó barriendo el taller. Salía de la escuela, hacia sus tareas e iba derechito al taller. Lijaba la madera cuando se lo permitían...

-Don Carlos, ¿cuando usted cree que yo pueda hacer un instrumento yo solita?

-Paciencia, muchacha, paciencia...-le contestaba siempre don Carlos.

Los sábados, luego de ayudar en las tareas del hogar, ¿dónde estaba Gloria? En el taller de don Carlos. Cuando todos estaban ocupados, en las maderas que sobraban Gloria practicaba cortar tapas y el tablón.

-Don Carlos, ¿usted cree que ya estoy lista? Mire si yo ya sé hacer muchas cosas....

-¡Aaay, muchacha, paciencia! Paciencia, que en este oficio hay que aprender a tener muuucha paciencia.

Los domingos, desde temprano en la mañana, Gloria trabajaba en el taller de don Carlos. Cuando todos estaban ocupados, practicaba haciendo la tapa para pegarla, sellarla, lijarla y barnizarla.

-Don Carlos, ¿usted cree que ya estoy lista?

-¡Que muchacha ésta más impaciente! Ya mismo veré que puedes hacer.... Tranquila, que cuando uno está listo, uno es el primero en saberlo.

Y una tarde, el infortunio de don Carlos se convirtió en el golpe de dicha para Gloria. Estaban en la hacienda. Gloria acompañaba a don Carlos llevando la carretilla y llenándola con los troncos cortados.

-¡Este es! Aguántame la sierra, nena. Esta Casia amarilla es el último que vamos a cortar. De aquí puede salir un buen sonido.

Prrrujjjjj, prrujjjjjjj, Prrruuuuuuuuu...Se escucho la sierra.

Al primer corte Gloria creyó escuchar un suspiro. Sonido que fue seguido de un grito, un gemido, el golpe del árbol cayendo al suelo y el sorpresivo silencio de la sierra.

-¿Qué pasó?

-Ay nena, es la resina. ¡Pónme agua! La picazón es insoportable.

Gloria ayudo a don Carlos poniéndole tierra donde le había caído la resina del árbol. Don Carlos se retorció por la comezón.

-No se preocupe, don Carlos, yo termino de cortar la Madera.

-Sabe, don Carlos-comentó Gloria en el camino de regreso al aserradero, -yo leí que algunos

nativos de Norteamérica cuando van a matar un animal para comérselo, primero le piden permiso al espíritu del animal y luego le dan las gracias.

Cuando llegaron al aserradero, don Carlos no quería trabajar la madera de la Casia amarilla.

-Pon esa madera ahí en esa esquina, al lado de los troncos de Cedro hembra que yo no la voy a tocar...

Pero, Gloria tenía otros propósitos.

Mientras don Carlos estaba ocupado con otras cosas en el taller, Gloria hizo los primeros cortes en paneles, las tapas y el tablón del centro.

Mientras don Carlos estaba ocupado con una Güiro que le había pedido encargado desde Florida, Gloria lijó la madera y pegaba las partes y las clavaba para asegurarlas.

Mientras don Carlos estaba ocupado con un cuatro que le habían encargado desde Nueva York, Gloria barnizó y preparó la agarradera que se hace con cuero de vaca.

Tres meses más tarde del incidente con la Casia amarilla, cuando regresaron a la finca, en la carretilla, en vez de la sierra y las cuerdas, don Carlos llevaba una pala, galones de agua y 20 arbolitos pequeños. Desde el incidente con la Casia amarilla había decidido que por cada árbol que cortara, sembraría veinte en su lugar. Había que preservar el bosque. Por su parte, en su mochila, Gloria llevaba una sorpresa para don Carlos: sus tres meses de trabajo.

Luego de sembrar los veinte arbolitos, cuando llegaron al tocón donde antes estuvo la Casia amarilla, Gloria sacó el bongó de madera de su mochila y don Carlos sorprendido.

-¡Adiós, muchacha! ¿y qué es eso?

-¡El regalo de la Casia amarilla!

-A ver cómo suena-. Don Carlos lo hizo sonar. Tenía un sonido clásico porque logra el profundo sonido del bajo y el característico repique del requinto.

Y aquella tarde, frente a lo que había sido una Casia amarilla, don Carlos prometió que antes de cortar un árbol le pediría permiso a su espíritu y le daría gracias a Dios por ese regalo. Regalo que transformaría, a manos del experimentado artesano y de su aprobado aprendiz, en melodías producto de un bongó de Madera, tambor o un Güiro.